

QUICO CHIRINO

A LA IZQUIERDA DEL PADRE

A la izquierda del padre

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Quico Chirino

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788416953967

ISBN: eBook: 9781524303235

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

I: La última escena.....	7
II: El lugar del crimen. Angelita y su hermano	13
III: Angelita y ‘Trinidad’. Besos criminales	22
IV: Antonio Expósito. La historia de ‘Trinidad’	29
V: La historia de ‘el Chano’. Del final al principio	39
VI: Espinosa. Un reportero que se cruza con la noticia.....	44
VII: El pasado. La historia de la madre de Trinidad.....	51
VIII: Crónica de manual.....	59
IX: Rosa se arrodilla por última vez	67
X: Un café con Mendoza. Son los negocios.....	73
XI: “Tranquilo, traigo tu dinero”	80
XII: El cuadro y el espejo. La vida fuera del reformatorio	87
XIII: Angelita: sangre, humo y deseo	95
XIV: Como las bestias	98
XV: El sacrificio de Cortés y ‘el Chano’	111
XVI: Preguntas y respuestas	121
XVII: La celda o la vida	128
XVIII: ‘Trinidad’ ante el espejo	136

XIX: Cartas para alguien que no sabe leer	141
XX: Por si acaso fuese un chivato.....	146
XXI: La extremaunción a los vivos; la bendición a los muertos	152
XXII: Lo vivido es humo.....	162
XXIII: Primera primera plana	168
XXIV: Las deudas tienen un orden	176
XXV: Cabos sueltos	183
XXVI: Minuto y medio de amor completo	189
XXVII: Penúltima plana	194
XXVIII: A las cinco en El Vacie.....	198
XXIX: La última carta	202
XXX: De repente, asesino.....	207
XXXI: Lágrimas de fuego	213
XXXII: Caso cerrado	219
Epílogo.....	229

La última escena

El niño no dejaba de llorar y *el Chano* maldecía en voz alta mientras se miraba las manos ensangrentadas. Aquello había sido una carnicería. Los gritos del bebé le retumbaban en los oídos como un tambor de guerra y sus pulmones eran dos piedras que no le dejaban respirar. La escena del crimen le mantenía bloqueado bajo el dintel de la puerta; inmóvil, sin determinación para salir huyendo. La imagen se le presentaba provocadora: una mujer inerte sobre la cama sin rastro de violencia y un hombre acuchillado con saña que se había desplomado junto a un pequeño fregadero. Lo habían agujereado lo mismo que a un acerico.

Era fácil imaginar que, hacía tan sólo unos minutos, aquellos metros cuadrados umbríos fueron un campo de batalla. Ni siquiera en el desorden de las dos habitaciones de la chabola alguna cosa había quedado en su sitio. Un lebrillo que debió estar repleto de vasos y platos sucios terminó hecho pedazos y los cristales y restos de comida esparcidos por el suelo; una mesa apolillada se había

desplazado de su ubicación habitual hasta chocar con un taburete que sostenía un televisor de 21 pulgadas con unas antenas de cuernos; y un visillo de tela de saco ardía en una lata con la leña del brasero, cuyas llamas habían alcanzado los restos de plásticos, cartones y maderas que se superponían con la uralita del techo.

—*Undibel*, sácame de aquí —imploró en caló con las manos chorreando sangre como si le hubiese reventado entre los dedos un bote de pintura.

El Chano no era gitano, pero después de tantos años mero-deando por El Vacie mezclaba palabras inconexas en caló casi instintivamente, sobre todo cuando perdía los nervios.

—¡Te dije que no era buena idea! ¡Ya te dije que no era buena idea! Este cabrón nos la ha vuelto a jugar. Otra vez pa' la trena. Maldita *estaribel* —se lamentó en voz alta mientras agitaba la cabeza de un lado a otro queriendo encontrar alguna explicación a la escena.

De pronto volvió a llover; y las nubes descargaron un chorro de agua sucia que se coló por los agujeros del techo de la chabola y se mezcló con la sangre. Se precipitaron sobre la tierra besos de ángeles desarmados. Seres sin sexo que se masturbaron sobre las vísceras esparcidas por el suelo. El semen de los ángeles rebeldes ávidos de venganza, la sangre de los vivos, los latidos de los muer-

tos; todo se unió por un solo instante, unos segundos sostenidos sin punto de referencia. Lluvia y truenos descompasados que metían el miedo en el cuerpo. El ruido a contratiempo del universo; un chillido fuera del pentagrama. La chabola crujió como si se fuera a venir abajo lo mismo que un castillo de naipes.

Mientras tanto, el niño no dejaba de llorar. *El Chano* se acercó al pequeño y le secó las lágrimas cuidadosamente con la mano izquierda. Una gota de sangre se descolgó por la mejilla sonrosada hasta diluirse en el labio inferior. Se desplomó de una manera sutil, suave, recreándose en un vaivén parsimonioso por la piel tersa del bebé de apenas seis meses. Una epidermis perfumada con el sudor frío e inocente de la criatura, que se había mezclado con el estupor de la sangre caliente. La perversa mezcla había conseguido que el niño oliera a viejo medio moribundo.

Era diciembre, la noche se desplegaba con el ruido de los truenos y arrastraba con sus brazos de arcilla a los impertinentes. La lluvia tintineaba en las persianas de caña que cubrían las ventanas sin cristales de la chabola, se colaba por las grietas de la uralita del techo y el aire silbaba sin armonía, como soplan las cosas que no tienen mucho sentido. *El Chano* exclamaba cada vez más alto:

—¡Me cago en la puta! *Majarí Calí*, sácame de aquí. Maldito *chinorré*, ¿qué coño te pasa? ¡Te quieres callar! Me vas a buscar la ruina... Te dije que no era buena idea; ¡ya te dije que no era buena idea! —bramó tan fuerte que enervó al viento—. Ese payo es el diablo. Me voy pa' la trena, me voy pa' la trena... —repetía insistentemente el mal presagio.

El Chano podía maldecir durante horas e hilvanar una palabra tras otra sin respiro. Pero los lamentos del niño le saturaron los tímpanos y, de pronto, tuvo miedo. Nunca se había sentido tan indefenso, ni tan siquiera aquel día en el aeropuerto.

Apenas sonó el *clac* de las tijeras al caer al suelo, comprendió que aún conservaba un poco de alma, la suficiente como para no descerrajar al pequeño y terminar la faena. Habría sido lo más fácil para escapar antes de que llegase la Policía. Con un solo golpe, en un par de segundos, podría teparle al niño la boca. Para que no le resultara tan duro entornaría los ojos, pensaría que apuñalaba un cojín de lana y saldría huyendo. Al fin y al cabo, era su oficio: meter la pata y correr. Es lo que llevaba haciendo desde que era un adolescente. Huir. Incluso, correr espantado de sí mismo.

—¡*Undibel!*, ¡me cago en Dios! ¡*Achanta la mui* de una puta vez! —tartamudeaba excitado.

El Chano sujetó al pequeño sobre el brazo derecho, nervioso, dando continuos pasitos cortos sin lograr salir del mismo sitio: a los pies de la cama, frente al cuerpo aún caliente de Angelita, todavía hermosa y misteriosa como aquellas personas a las que nunca llegarás a conocer. Abrió la boca intentando aspirar algo de oxígeno, pero en la atmósfera de la chabola sólo encontró sangre, vísceras y los dos cadáveres: el de Angelita y el de su hermano Cortés, que le miraban con la provocación de quien ya no tiene nada que perder.

El corazón del niño resonaba como un timbre roto y el pequeño estaba tan sobresaltado que era difícil sujetarle entre las manos. *El Chano* volvió a gritar; una y otra vez, fuerte, muy fuerte.

—¡La hostia! ¡Te quieres callar de una puta vez, maldito *chinorré!* A ver si se me ocurre algo para salir de esta trampa —sintió miedo, nuevamente, como temen los asesinos que nunca mataron a nadie.

No había tenido tiempo para pensar qué haría con el dichoso niño cuando se oyó la sirena de los Bomberos acercarse hasta El Vacie. Los destellos de las luces, todavía en la distancia, se colaron por la ventana de la lóbrega chabola que apestaba a yonqui y a prostíbulo de polígono; a camionero y a general. A sueldo de camarero, a desasosiego y a besos rotos; a humedad y a bolsillos vacíos. El catre olía a sangre caliente y a exclamaciones sin cerrar. Con el reflejo de la sirena *el Chano* pudo distinguir a los muertos. Había escapado de situaciones más difíciles pero si algo le jodía en esta

ocasión era sentir remordimiento. El arrepentimiento es, en efecto, la sensación más criminal que puede tener el ser humano. Lo malo de regresar sobre tus propios pasos es no reconocer tus pisadas.

El camión de los Bomberos avanzaba por el asentamiento sorteando basuras y escombros y a *el Chano* cada vez le quedaba menos tiempo. Aquella mezcla de vísceras y llamas se hacía insoportable y sólo deseaba poner su culo a salvo. Era en lo único en lo que había pensado desde que abrió la puerta y se enfrentó a ese agua fuerte de sangre y sudor. Sentía que le abrasaba la piel, le ardía la cara y el humo le empezaba a asfixiar. Secó las lágrimas del niño, recogió del labio la gota de sangre que se había descolgado por el tobogán de su mejilla y envolvió al pequeño en la gabardina que encontró en la maltrecha percha de olivo; de las pocas cosas que se habían salvado del desorden y las llamas.

La habitación estaba infesta. Apestaban los rincones, el cemento del suelo, los agujeros del techo, las manchas de humedad y los pedazos de platos sucios. Olía el aliento de quienes se habían marchado y la respiración estrangulada de los cadáveres. Y *el Chano* volvió a sentir miedo, nuevamente, como temen los criminales.

Esa noche, ni las ratas se atrevieron a asomarse a la chabola.



El lugar del crimen. Angelita y su hermano

Diciembre, 1988.

La vida en El Vacie consiste en hacer trampas a diario para poder comer caliente: una olla con un trozo de hueso, un poco de arroz y, con suerte, una liebre furtiva que hayan cazado los galgos; unas sardinas abiertas con tomates maduros para que abunden más; para los niños un huevo frito entre dos mendrugos de pan duro; una sopa de fideos en agua turbia y salada que se confunda con un caldo de ave; y café de puchero en una jarra de lata. Es el menú de la desesperación y la subsistencia. Para conseguir estos ingredientes hay que recoger chatarra, cartones, hacer cestos de esparto, trapichear y, a menudo, delinquir. Robar sin remordimientos porque el hambre, y no el fin, justifica los medios. Todas las reglas, como los mandamientos, se reducen a dos. Ser lo suficientemente hábil como para no matar a nadie si no es necesario y, al ser posible, evitar que te maten. Proteger tu vida por encima de la del prójimo. Amanecer y salir a la calle sin saber si el día que em-

pieza te trincaré la Policía, te llevará por delante una sobredosis o te acabarás jugando las tripas con cualquier otro que disputa tu mismo trozo de miseria. ¿Es así como les gusta vivir? Es así como malviven.

A finales de los años ochenta, la Empresa Municipal de Vivienda de Sevilla tiene identificadas 187 chabolas entre Chapina, las Tapias de Cobián y Torre de los Perdigones, Torreblanca, San Diego, El Vacie, La Paz y San Pablo. La misma ciudad que en pocos años albergará la Exposición Universal de 1992 cobija media docena de asentamientos donde las personas viven peor que las ratas. Lunares de la vergüenza; el pozo ciego donde van a parar los excrementos de una sociedad de rancio abolengo. Un páramo hediondo a pocos minutos andando del Centro de una capital que se asoma al mundo para exhibirse. Agujeros oscuros, la fosa séptica de la civilización.

Sevilla llegó a alcanzar el mayor índice nacional de chabolismo, aunque desde 1961 se había trabajado para erradicarlo. El desbordamiento del río Tamarguillo ese mismo año anegó 4.172 viviendas, destruyó 1.600 chabolas y dañó 1.228 edificios. Gregorio Cabeza se puso al frente de la secretaría de Viviendas y Refugios y, poco a poco, se buscó cobijo a las familias que se habían quedado en la calle; primero, por la riada del 61 y, después, por el terremoto del 69.

Los años ochenta se echaron encima sin avanzar demasiado. El Vacie es el asentamiento más antiguo de España, quizás de Europa. Un suburbio en la zona norte de Sevilla, junto a la tapia lateral derecha del cementerio de San Fernando. Allí conviven los muertos y los vivos; sin distinguir muy bien quiénes son cada cual. Mil veces se ha intentado dismantelar y otras tantas ha vuelto a levantarse desde el cieno sobre el que se mal dibujan las calles Palomera, Monreal y Pajarita.

Franco visitó El Vacie el 24 de abril de 1961, acompañado de cinco ministros y dos directores generales. La comitiva entró en alguna chabola tapándose disimuladamente la nariz y la boca con sus pañuelos para evitar las náuseas. En septiembre de ese mismo año, el ministro de Vivienda, José María Martínez Sánchez-Arjona, arrimaba la tea a las maderas de la última casucha. El Vacie fue demolido pero, al poco tiempo, proliferaron de nuevo las chozas. En 1977, la oficina que dirigía Gregorio Cabeza sacó a 180 familias que se habían vuelto a instalar en la parcela. Muchas fueron reubicadas en las barriadas de las Tres Mil Viviendas, otra fórmula equivocada para desintegrar estos focos de marginación.

Angelita *la Negra* había llegado a El Vacie en 1982, cuando tenía 16 años. Se había criado en la Casa Cuna con su hermano Manuel Cortés, dos años menor que ella. Su madre quedó viuda a los pocos meses de nacer el pequeño y las Hermanas de la Caridad la

acogieron como cocinera en el Centro Provincial Infantil y Maternal. Una buena mujer a la que un cáncer de hígado se la llevó demasiado pronto y dejó dos huérfanos con trece y once años. Desde entonces, Angelita empezó a deambular con pandillas de quinquis que pegaban tirones de bolsos y daban golpes de poca monta para comprar unas cuantas papelines de heroína en el mercado negro sevillano. Llegaron a estar tan enganchados que la necesidad de robar se convirtió en un vicio diario. Angelita, una mestiza morena de padre gitano y madre paya, era la única chica en aquel grupo de desalmados. Al principio, ni siquiera les despertaba atracción sexual pese a que su cuerpo era una travesura. La veían como una compañera de farra, una cómplice, una colaboradora útil para entretener a una mujer mientras le birlaban la cartera.

Era todavía una niña cuando se metió el primer chute de *brown sugar* junto a la tapia del cementerio: dos mil pesetas de heroína marrón, color Coca Cola, una dosis que le convertiría en adicta al *jaco* de por vida. Fue la manera de celebrar que, en aquella ocasión, había sido ella quien asomó medio cuerpo por la ventanilla del 127 robado en doctor Fedriani hasta arrebatar el bolso a una señora que quedó arrastrada por el suelo. Era un simple divertimento: localizaban un coche de un modelo que conocieran; lo abrían con un espadín o, los más avezados, con el propio limpiaparabrisas; tiraban del clausor o el bombín y asomaban los cuatro

cables. El hilo rojo, el más grueso, se unía con el gris y el marrón. Después, se pasaba el cable de color verde o blanco hasta que hiciera chispa y el motor arrancase.

Su hermano Manuel Cortés fue un asiduo del reformatorio de Alcalá de Guadaíra desde que robó el primer ciclomotor en el año 79, a los pocos meses de morir la madre. Ni siquiera era un adolescente. Allí, en aquella incubadora de criminales púberes, Manuel conoció lo suficiente como para empezar a rodar por las calles con la única aspiración de poder meterse algún día la droga que él mismo vendiese.

La adolescencia irrumpió en Angelita como una manada de búfalos. Los pechos se le dibujaron en el primer tercio del torso, a la altura donde los lucen las estatuas. Se convirtió en la fantasía de los niños que quedaban por la Casa Cuna y que sólo habían conocido mujeres con velo que ocultaban una hembra. Era imposible adivinar el sexo de las monjas aunque compartiesen con ellas la misma casa. El instinto había llevado a los muchachos a codiciar el cuerpo de esas mujeres santas; el orgasmo contenido en el horno de las magdalenas, que se convertía en dulces efluvios de levadura. Las yemas de San Clemente, que eran las hormonas reprimidas del monasterio. Tal vez fuera pecado, pero no podían evitarlo, porque eran niños y en aquella etapa de sus vidas descubrían por inercia su sexualidad.

Hasta que la pubertad en su efervescencia innata les golpeó la bragueta, nada habían sabido del sexo. El secreto de la masturbación corría por las calles y los pasillos como chasquidos en mitad de la noche, de mayores a pequeños. De alguna manera, a la joven Angelita también le excitaba la idea de sentirse poseída por una jauría de muchachos; por los huérfanos que rezaban *padrenuestros*; por los demonios del reformatorio; por los quinquis que habían asaltado la calle. El sexo de los diablos, los infelices, los parias... debía ser dócil y al mismo tiempo feroz como un rugido, pensó la niña.

La Negra se fue a vivir a El Vacie con uno de los quinquis que le enganchó a la heroína. Tampoco él era gitano, por eso no llegaron a casarse por ningún rito. Montaron una chabola de no más de 30 metros cuadrados. Una choza oscura hecha con cañas de maíz, tablas de madera, ladrillos, hojalata, plásticos y uralita. Entre los retales que formaban una de las paredes había un trozo de una lápida extraviada del cementerio de San Fernando: “En la otra vida seré una reina”, decía una frase descolgada del epitafio. Angelita nunca supo que se trataba del retal de una esquela mortuoria; de haberlo conocido, tal vez, habría extraído aquel pedazo de piedra de la pared y cubierto el hueco con un paño de tela de saco. Tampoco había que ponérselo demasiado complicado a las ratas. Pero aquella frase le resultaba atractiva y atrayente a *la Negra*, que a

diferencia de su hermano le había dado tiempo de aprender a leer torpemente en la Casa Cuna antes de empezar una carrera contrarreloj contra su propia existencia.

A Angelita le gustaba memorizar frases que había leído en alguna parte, aunque algunas ni siquiera las comprendiera. Apreciaba, sin saberlo, la musicalidad de las palabras, su ritmo de vocales y consonantes, el misterio semántico de lo desconocido, el soniquete de las letras en la campanilla. De vez en cuando recitaba aquellas sentencias en voz alta y quedaban tan elegantes al atravesar el velo de su paladar que ni mucho menos parecía una yonqui consumida a marchas forzadas. Una prostituta que besaba a cualquiera y derrochaba toneladas de cariño a cambio de un gramo.

En los ochenta, El Vacie era un supermercado de la droga donde cualquier chaval aprendía a trapichear y hacer el puente a un coche antes de que le salieran los primeros granos. El menudeo y alguna que otra familia de traficantes proliferaron con cierta relajación de la Policía hasta que, a las puertas de la Expo 92, las autoridades intensificaron la lucha contra la venta de drogas. Poco tardó el compañero de Angelita en caer preso. En realidad, *la Negra* nunca supo —ni le preocupó— si aquel quinquí llegó a salir de la cárcel y se marchó a vivir a cualquier otra parte donde no le tuvieran fichado para continuar con sus trapicheos. Angelita se quedó sola, enganchada, y sin fuerza siquiera para salir al Hospital de San

Lázaro, a la puerta del cementerio o a la entrada de La Macarena para robarle el bolso a una vieja.

Su hermano Cortés escapó del reformatorio para instalarse en la chabola y arrimaba algún botín de vez en cuando, solo o en compañía de *el Chano*. Lo primero que llegaba se gastaba en heroína y, si sobraba algo, en comida. Por ese orden. Entraba y salía de la casucha a deshoras, con la cautela necesaria para no fastidiar el negocio de su hermana.

Angelita empezó a prostituirse para poder reunir las 15.000 pesetas de heroína blanca que llegó a necesitar algunos días. Al principio, su cuerpo adolescente mantenía el brillo de una piel sin sobresaltos. *La Negra* sabía ser atrevida y peligrosa si lo pedía la ocasión; pero también una chica discreta y solemne que te susurraba al oído versos desordenados. Hace un par de años no le costaba excesivo trabajo sacar una o dos *lombardas* (10.000 pesetas) por un servicio en un coche. Pero con el tiempo, apenas si conseguía un billete para un talego a cambio de una mamada rápida en cualquier escondite. Ya cualquier tipeja joven se la chupaba a los viejos más repugnantes. Antes, este era un oficio serio, donde se respetaba la experiencia y los trienios que llevabas abriéndote de piernas en casa ajena. Pero ahora las niñas se bajaban las bragas sin escrúpulos. Alguna ni siquiera lo necesitaba para meterse un pico. Puro vicio, pensaba *la Negra*. A finales de los ochenta, la mitad de las prostitu-

tas toxicómanas de Sevilla eran portadoras del sida y el 10% tenía sífilis. De todo eso había escapado milagrosamente Angelita, que aún conservaba un extraño atractivo aunque de su cuerpo sólo quedaran los esquejes.

Por la chabola de El Vacie entraba y salía habitualmente Antonio Expósito, *Trinidad*. Proporcionaba a Angelita y a Cortés la droga y el alimento justos para que subsistieran mientras les resultaran útiles. Y los tres sabían que algún día llegaría el momento justo en el que ninguno necesitaría de los otros dos. Pero hasta ese instante se dedicarían a malvivir; amarse; y destruirse.

Sin remordimientos.



Angelita y 'Trinidad'. Besos criminales

—Te dejaré marchar si me comes a besos —exhortó Angelita apoyada sobre un codo en la almohada.

Es lo que tenía *la Negra*. Lo mismo te la mamaba por un *chute* que se volvía romántica; a ratos, incluso, poética. Lo habría escuchado en alguna canción o quizás lo copiara de alguna fulana que hacía la calle a los bordes de la carretera de El Vacie. Lo cierto es que muchas personas se pasan toda la vida, sin éxito, a la espera de que alguien les pida que le coma a besos. Y ella te lo imploraba, así, de pronto, sin venir a cuento. Que te tragases su propio aliento. Que arrastraras su piel con los dientes como si se tratara del envoltorio de un caramelo. Absorber de golpe otra identidad.

En el catre de Angelita la única moneda de cambio era un beso; el salvoconducto para atravesar el pasillo imaginario entre lo terrenal y el deseo. Embarcarte en sus labios como el marinero que se adentra en una tormenta y le da igual que se lo traguen las olas. La parca se mece entre el bamboleo de su lengua.

El de *la Negra* no era un beso cualquiera. Un mordisco horizontal de Angelita, de gacela latente y adormecida, sabe a bambú, a satén, a infancia, a humedad de alcoba. Besos desinteresados, fugaces y profundos de adolescencia, con los que los muchachos imberbes penetran en otro cuerpo, otra identidad. Aquellos muchachos que absorben una vida ajena. Pensantes, vivientes. Gente que se traga otra lengua y gana un sexto sentido. Y empieza entonces a distinguir el placer en unos labios. Pero la carne se entumece, envejece y los corazones se suicidan en los callejones. Entonces, cuando ni los rincones ni los espejos nos devuelven a nadie que nos ame, hay hombres y mujeres que necesitan escuchar de la boca de otro hombre u otra mujer que les coma a besos. Como un favor o como una penitencia. Una invitación a zambullirse en el mar de saliva y agua dulce de otra persona.

Tumbada en la cama de la chabola, Angelita tiene el aspecto de una muñeca frágil que abandonaron en el guardarropa. Con 22 años no pesa más de 40 kilos y tiene los brazos agujereados, como si fuesen ventanas minúsculas para asomarse a sus entrañas; el brocal de un pozo donde nadan las mariposas. Su tez morena le disimula en parte la hepatitis incipiente que le ha provocado la heroína. Lleva ya seis años en El Vacie y es tiempo suficiente como para conseguir que una persona se parezca a los despojos de un cadáver. No obstante, *la Negra* mantiene todavía el rescoldo de una belleza que se consume a